

El revés de la trama

Concha Caballero*

Uno de los mayores impactos de este final de siglo es la destrucción de la idea tradicional del tiempo. Vivimos un tiempo sin pasado y sin futuro, en el que el «todo presente» destruye la causa-efecto, la acumulación de la experiencia, las perspectivas de intervenir sobre el futuro. Todo intento cultural y político de construcción requiere un concepto del tiempo y del espacio.

No se trata de un debate especulativo sino que forma parte de la raíz de todo pensamiento político. La línea pasado-presente-futuro como un fluir natural y progresivo fue severamente contestada por Marx. El pensamiento transformador se fue situando progresivamente en el futuro. El pasado era la explicación, el lugar del análisis; el presente el lugar de la lucha y del conflicto, y el socialismo era el futuro.

Esta idea de futuro se diseñaba como una ruptura cultural, política y económica con el presente, la creación de un nuevo marco sin apenas referencias pasadas porque, a pesar de los intentos de teorizar la existencia de una ideología del proletariado, la verdad es que escasamente se recogían los elementos de una cultura de la resistencia.

Todo esto en un marco en el que la derecha política y económica se situaba en el pasado; en el marco de la tradición y la conservación frente a los cambios; en el miedo a la revolución y a los cambios sociales.

La carga de futuro de la izquierda impregna toda su actuación y su filosofía, pero de ese futuro concebido como ruptura. Por eso las acusaciones de utopismo y de mesianismo han sido casi consustanciales con su aparición en la escena política.

La visión de ruptura y el «todo futuro» se correspondieron, también, con la idea de prevalencia de la instancia económica sobre las demás. Si la raíz de la exploración era fundamentalmente económica, el cambio de esta debería determinar un cambio total del resto de las estructuras. Que nunca fue así lo testimonia la propia experiencia histórica pero, a pesar de esto, de forma este mito aflora cíclicamente. Esto ha ido generando una falta de respuesta ante otras opresiones culturales y económicas, de género, sexo, la crisis ecológica, las relaciones de poder etc.

Si históricamente esta «única respuesta» no ha sido válida, la realidad actual la sitúa aún más fuera de lugar. El capitalismo de final de siglo y las ideologías de la derecha no se sitúan ya en la conservación de lo existente, en la tradición del pasado sino que, recuperando la impronta del primer capitalismo se sitúan en el presente, un presente eterno, ahistórico, en el que los únicos cambios posibles correrán a cargo, no de corrientes sociales, sino de renovaciones tecnológicas.

Ante ello la izquierda tiene que situar su campo histórico, ajustar su punto de vista y su actuación. En crítica literaria se advierte que la elección narrativa del tiempo y la persona no es inocua, sino que es una toma de postura que determina el relato.

En cuanto a la elección del tiempo no es posible interpelar a la sociedad actual, centrada en el presente, desde una propuesta sólo de futuro. Tampoco parece posible, ni transformador, instalarse en un cierto conservacionismo histórico. Y no se trata sólo de definir el tiempo de la acción, sino el propio concepto de pasado, presente y futuro para traducirlo en propuestas y en acción política. Ni la añoranza del pasado, ni el puro activismo del presente ni la sola promesa de futuro pueden establecer una línea de transformación y de intervención social.

Igualmente es preciso detenerse en la elección de la persona de este relato o sea en el sujeto de estas acciones y pensamientos. En primer lugar es preciso reivindicar la posición de sujeto activo y no pasivo. La política, en general, define

* Concha Caballero es parlamentaria de Izquierda Unida-Los Verdes-Convocatoria por Andalucía en el parlamento andaluz.

El revés de la trama

objetos de la acción y no protagonistas. Se hace política para los agricultores, las mujeres, los jóvenes. Incluso desde el pensamiento de izquierdas, el protagonismo social solamente es considerado como «acumulación de fuerzas» en la movilización; una vez pasada esta, la política retorna a sus fuentes y las decisiones se adoptan en otro lugar. El paradigma de este pensamiento, sin duda, es la socialdemocracia y su propuesta de estado del bienestar. El estado reparte, se ocupa de cada sector, representa la completa delegación, un estado que no es bueno pero hace el bien, que de la suma de egoísmos e intereses obtiene la conciliación y el bienestar.

En cuanto a la elección de la persona, frente al YO absoluto del pensamiento conservador, la izquierda ha opuesto el NOSOTROS, a veces sectario y otras magmático. El nosotros de pueblo y de sociedad, el nosotros de clase. Sin duda no cabe otra respuesta a condición de que ese nosotros defina, no uniformidad ni barreras, sino diversidad y coincidencia. Un nosotros que abarque la creatividad y la fuerza del yo, la fuerza interpelante del tú y la fuerza colectiva. La dispersión completa de sujetos, la postmodernidad, el miniaturismo social puede rendir efectos interesantes pero provoca teorías clínicas de la satisfacción. Nietzsche advertía que si te detienes largamente a mirar el precipicio, al cabo del tiempo, el precipicio comienza a mirarte a ti.

Finalmente la elección de género ha sido una de las batallas más soterradas y clandestinas del pensamiento transformador. Por la negación completa a la que se ha sometido ha sido desde este campo donde se ha interpelado con mayor radicalidad la teoría y la acción política. Para empezar, cuestionando el marco completo y definiendo muchas veces sus aportaciones como una especie de «revés de la trama» de la historia y la política.

El revés de la trama es la parte del bordado que no se ve pero que lo sujera, son las puntadas cruzadas, transversales, que saltan de una a otra parte del dibujo pero que lo enlazan. Allí están los recosidos, los nudos, los engarces. Sin esto no existiría el perfecto bordado que se exhibe.

Por pura honestidad intelectual, habría que reconocer al pensamiento feminista el haber aportado un cuerpo teórico que se va a determinar, en buena manera, el pensamiento transformador del siglo XXI y que suponen líneas de conver-

gencia con otros movimientos, desde el convencimiento de que no todo el bordado está tejido del mismo hilo.

Para empezar, han aportado la idea de la «invisibilidad» de conflictos, de sujetos y de economías. El conflicto individuo/sociedad era una completa falacia y el de capital/trabajo no resumía todas las explotaciones y conflictos. Por tanto, el sólo cambio en el modo de producción no les daba respuestas.

La teoría sobre la invisibilidad empieza a dar sus resultados económicos y sociales. Todavía escasamente políticos. La invisibilidad es el no reconocimiento de un conflicto y puede ser tan flagrante en la realidad como en la construcción de la alternativa a la misma. Son invisibles las mujeres, las culturas, la crisis ecológica, las razas. Es invisible el pensamiento no racional, el inconsciente y el deseo.

Sin embargo, la cuenta de resultados del capital está repleta de contabilidades invisibles. En el lado del ingreso el trabajo doméstico, los recursos naturales, la explotación del Tercer Mundo; en el lado del gasto aplazado la crisis ecológica, la crisis social y cultural.

La crítica al productivismo nació también de la entraña del pensamiento feminista y de ciertos movimientos contraculturales. El pensamiento ecologista la ha desarrollado con más amplitud, hablando de insostenibilidad del modelo, señalando los límites al desarrollo y planteando la necesidad de una alternativa equilibrada y sostenible. De hecho, en este final de siglo de pensamientos dispersos y débiles, ha opuesto frente a la globalización neoliberal un principio de globalización alternativa.

En otro orden de cosas, el feminismo hizo una denuncia a la totalidad de la política, de la que todavía no se ha recuperado, por cuanto ante la dificultad de cambios tangibles, ha optado en buena medida por dar la espalda. El conocimiento de que la sociedad se desenvuelve en una red de relaciones de poder que abarcan desde los estados hasta el más simple gesto cotidiano, ha disuelto en buena medida el terreno de las alianzas y de la propia organización. Además los límites de la política son evidentes: el tiempo, el espacio, la vida cotidiana, las relaciones, es decir, la mayor parte del currir de la vida está fuera del marco político u ocupa un lugar tan secundario que el esfuerzo parece estéril. La sola

presencia de mujeres en los ámbitos políticos, culturales y económicos, no da respuesta a estas necesidades y se hace preciso invalidar jerarquías, formas organizativas, culturas y lenguajes.

El nuevo pensamiento feminista nos lleva a conjugar tres conceptos para una estrategia de transformación: género, etnicidad y clase. O digámoslo en plural: géneros, etnicidades y clases. Al igual que se ha teorizado «género» y no sexo, es preciso teorizar «etnia» y no raza porque, al igual que el primero no trata de atributos sexuales, el segundo no trata de colores de piel sino de construcciones culturales, de identidades. Por ello la propuesta de igualdad es insuficiente (que no inválida) y los modelos de integración de las mujeres y de las razas, son en sí mismas insatisfactorias y «aculturales». Ver a mujeres y a negros, desempeñar con iguales valores y parámetros, los papeles reservados a hombres y blancos, más que cuestionar el sistema lo confirma y eterniza. Sin embargo eludir el poder es también otra forma de resignación.

El parámetro de la etnicidad tampoco consiste en introducir en el análisis lo otro, lo diferente, concebido como diferentes razas, sino que en cada una de ellas existe un grado de identificación, de motivaciones, deseos y culturas diferentes. Cuando se emplea la palabra etnia inmediatamente se piensa en personas de raza no-blanca, como cuando se habla de razas de «color» se elude el color de la nuestra, como si todas las demás fueran una variable de la verdadera, la blanca. La etnicidad hace referencia a nuestra vinculación cultural, nuestro inconsciente colectivo, la vinculación con nuestra gente y entorno. Este concepto tiene, además, la novedad de introducir otros elementos no medibles e invisibles, que no pertenecen a la racionalidad consciente que ha predominado en el pensamiento de izquierdas.

Finalmente ante el feminismo de la satisfacción o la insatisfacción en el feminismo, su parte más transformadora plantea nuevamente el tema de las clases sociales, de la contradicción entre capital/trabajo. Sin duda, una cosa es manifestar que esta dicotomía no incluye todos los conflictos y otra muy diferente, argumentar la secundariedad de ella. La propiedad de los medios de producción, el lugar que cada uno ocupa en ellos, el modo de producción capitalista que, en definitiva, explota personas y naturaleza, en pugna cons-

tante por aumentar sus beneficios, controlar los procesos productivos y dirigir la sociedad.

A este mapa de posibles convergencias habría que sumar pensamientos como el pacifista, de carácter global, con su fuerte alternativa al modelo social y a las relaciones de poder, así como su vindicación de una democracia internacional, e incluso necesidades, más que articulaciones, de un nuevo pensamiento científico y tecnológico que tenga su base en la necesidad del desarrollo humano y social, en una nueva relación con la naturaleza, en el conocimiento y la comunicación.

Estas y otras convergencias del pensamiento y la acción transformadora están sobre la mesa, pero hace falta una estrategia que despliegue sus potencialidades, que la haga concreta y política.

La primera condición de esta estrategia es aflorar todas las contradicciones, necesidades y deseos; globalizar su representación simbólica, sacar de la esfera de la invisibilidad todas las demandas sin otorgar órdenes de jerarquía ya que no hay contradicciones primarias y secundarias porque sólo se vive una vida y una vez.

La estrategia rojo-verde-violeta, además, necesita articular un pensamiento global, que no homogéneo, ante una sociedad globalizada. No se trata de obtener un sistema total con respuestas a todas las cuestiones, sino de trazar alternativas de convergencia donde sea posible la actuación local, lo particular, la creación de la respuesta.

En tercer lugar la concreción de esta estrategia requiere establecer su territorio en el concepto más radical de la democracia, aquel que implica participación, acceso completo a la información, capacidad de decisión, posibilidad de cambiarnos y de cambiar. Los procesos económicos de este final de siglo, el neoliberalismo, se caracterizan en el ámbito político por la reducción constante de la democracia, la participación y la información. Al llevar sus ámbitos de decisión lejos de los ciudadanos, la participación pierde su sentido de intervención en los procesos. Asimismo la información deja de tener valor instrumental para convertirse en un simple valor instantáneo sin valor acumulativo de conocimiento. Algo así como la enumeración caótica de una realidad que no se puede cambiar ni nos puede cambiar y cuya única aportación

El revés de la trama

cultural es la continua representación del miedo y la inseguridad.

Además una estrategia roji-verde-violeta debe articular de forma concreta y real, un modo de producción donde se materialicen estas demandas, desde el papel de la naturaleza, las decisiones y control de la producción, la sostenibilidad ecológica y social, el reparto del tiempo del trabajo productivo y doméstico con un nuevo valor del trabajo y del ocio que supere el productivismo y la ansiedad de ambos.

El capitalismo ha sido un magnífico creador de necesidades que potenciaban su expansión pero siempre sobre algún eje real a los que han dado en gran parte de las ocasiones una respuesta mítica y simbólica. El intento de construir la alternativa requiere construir una realidad que no existe sobre la necesidad de su existencia.

El renacimiento fue un magnífico campo de batalla entre dos modos de producción. Arquitectos, poetas, pintores, escritores, políticos, realizaron la obra de construir nuevas respuestas a nuevas preguntas, de elaborar todo un universo simbólico. Construyeron un nuevo concepto del tiempo, del espacio, del estado, del amor y las relaciones sociales, de la naturaleza. Desde una diversidad de artes pusieron en pie el edificio social que, en lo más hondo, todavía se mantiene vivo.

No lo hacían sobre la nada. Edificaban sobre nuevas clases sociales, sobre nuevas realidades y sobre nuevas necesidades. Bertold Brecht muestra en su Galileo Galilei hasta qué

punto la necesidad construía la realidad y las ideas creaban nuevas realidades. La demostración de que la tierra no es un planeta estático alrededor del cual se mueve el sol convence a las tenderas que «quieren» que la tierra se mueva porque quieren que la sociedad se mueva; los comerciantes se niegan a un planeta estático vigilado por el ojo divino, todo anuncia un nuevo orden y un tiempo nuevo. Los tenderos no son «científicos» sino que han coincidido con la nueva ciencia, la nueva ciencia a su vez abre las rutas comerciales y la movilidad social.

Antes de su triunfo político, el capitalismo ya se había instalado socialmente. Existían las ciudades y los burgueses, el viejo orden era, en buena medida, un cascarón vacío. Pero, en este final de siglo ¿desde qué poder constituyente se puede construir un nuevo modelo económico y social? Sin duda hay múltiples sujetos transformadores, objetivamente hay amplias alianzas sociales interesadas en este proceso, hay territorios enteros que necesitan esta respuesta. E incluso los que aceptan con resignación son potenciales aliados de una alternativa, con la condición de que demuestre la posibilidad de su existencia.

Por ello la política transformadora debe ganar la batalla del presente, de un presente profuturo, mostrar su vitalidad social y cotidiana, su capacidad cultural en generar ideología y prever los cambios. También la globalización generará nuevas contradicciones y respuestas. Sin duda la convergencia roji-verde-violeta es el primer fruto de ella.

